

¿CÓMO SE FABRICA UN FANÁTICO? MECANISMOS PSÍQUICOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA MENTALIDAD FANÁTICA

Teresa Sánchez Sánchez

RESUMEN: *El fanatismo se presenta como la plaga del siglo XXI, una enfermedad social que se aprecia en multitud de ámbitos y situaciones de la política, la vida científica, artística, deportiva y religiosa. La 'nostalgia de absoluto' está detrás de la rebelión total y destructiva y de la consagración acrítica que requiere la militancia fanática. El germen fanático brota en un caldo de cultivo que reúne ciertos rasgos comunes: pobreza, miseria, exclusión o desposesión; depauperación intelectual; conflictos identitarios como pueblo, grupo, etnia, etc; rabia social, etc. El artículo prosigue diseccionando los dinamis-mos y procesos psíquicos más comunes en la reacción fanática: idealización, escisión, proyección, racionalización, etc. Finaliza con el perfil psicológico estándar de una personalidad fanática.*

1. EL FANATISMO COMO ENFERMEDAD DE LA CIVILIZACIÓN

Emulo deliberadamente con este epígrafe otro cuyo autor fue el insigne Dr. López Ibor y que se tituló *¿Cómo se fabrica una bruja?* (1976). Pretendo, de esta forma, advertir al lector sobre la materia de este trabajo que se ceñirá a analizar las disposiciones psicológicas y sociales cuya combinación, en un caldo de cultivo específico, originarán muy probablemente una identidad fanática. Todo ello teniendo en cuenta que nada está predeterminado y que la lógica aquí presentada nunca es axiomática

como las matemáticas, ni infalible, y que cae dentro de las conjeturas probables en las que se desenvuelven las Ciencias Sociales y Humanas. Se omitirá en este artículo el análisis de otros factores económicos, geopolíticos, religiosos, culturales, etc, que casi siempre confluyen en los brotes de fanatismo.

El tema del fanatismo suscita un gran interés en nuestro tiempo, ante todo porque lo que se sitúa como supuesto *deber ser* del intelecto y de la voluntad, como pauta socialmente correcta, es la abierta pluralidad, la tolerancia, la moderación crítica, la ecuanimidad y la equidistancia ante los planteamientos controvertidos o enfrentados. Sin embargo, no conviene olvidar, llevados por un análisis fatalista del presente, que el fanatismo ha sido la norma cultural y social preponderante durante largos siglos, incluso en nuestra civilización, aunque haya sido disfrazado de revelación, dogma de fe o verdad incuestionable, o haya tenido apoyos mayoritarios e incluso llegado a ostentar el cetro del poder. La Ilustración cambió transitoriamente este orden de cosas donde, igual como la música de los planetas sospechada por Pitágoras no era audible al estar omnipresente, el fanatismo no era observado ni criticado por encontrarse instalado monolíticamente como verdad oficial en la cultura. Siendo así, los disidentes de este pensamiento único histórico eran los herejes, apóstatas o sospechosos de cualquier índole. Comúnmente silenciados o perseguidos, obligados a retractarse o a abdicar de sus posiciones discrepantes, fueran de fe o de razón, el entorno recuperaba nuevamente su tranquilizadora homogeneidad. Vaya, pues, por delante que el fanatismo no es siempre algo minoritario o excepcional, sino que puede anegar a naciones enteras, propagarse y ejecutarse a través de los cauces oficiales del poder.

El triunfo de la idea del yo, del individualismo y del pensamiento crítico fue una conquista reciente en la cultura occidental, aunque como bien dice E. Wiesel (1958), la Ilustración terminó en 1914, al comienzo de la primera Gran Guerra Mundial, y derivó en una sucesión de apoteosis fanáticas e irracionales a lo largo del siglo XX. Es, sin embargo, el siglo XXI el que se augura como la época en que el fanatismo va a diseminarse e instalarse en todas las áreas de la vida política y social, religiosa y científica, artística y deportiva, como metástasis letales que atrofiarán el modo de vida, las conquistas civiles y los derechos humanos fundamentales. Y evidencias de ello tenemos por doquier. Francisco Umbral (2001) presagiaba que el fanatismo iba a ser “la plaga tardía del siglo XXI”, antes de los atentados del 11 de septiembre, que terminaron de abrir los ojos a todos aquellos que seguían pensando vivir en la modernidad del conocimiento y el optimismo ilustrado (F. Savater, 1994).

La proliferación de fanatismo en multitud de ámbitos y situaciones puede interpretarse como síntoma de inestabilidad, zozobra social, desesperanza, incertidumbre,

¿Cómo se fabrica un fanático?

o falta de puntos de apoyo o diques de contención que controlen la pérdida de puntos de referencia psicológicos, religiosos, éticos o políticos. La gente está ávida de *mesías seculares* y deposita su necesidad de creer en ídolos del deporte, la música, la ciencia o el cine, llevados por la ‘nostalgia de absoluto’ de un mundo masivamente secularizado (G. Steiner, 1974). Lo que distingue al fanático del simple partidario o seguidor de algo o alguien no es la causa, razón de ser o naturaleza del impulso, sino la dimisión de la capacidad crítica, la incondicionalidad, ceguera y abnegación que deposita en la idea, la cual termina por enajenarle y despersonalizarle. F. Alonso Fernández (1995) considera que el fanatismo marca un punto de inflexión en la regresión involutiva a una especie que denomina como *homo sapiens brutalis*. Los fanatismos emergen en un efecto resaca o rebote tras etapas de pluralismo e indolencia excesivos, pues sumen a las culturas, grupos o individuos más vacilantes o inmaduros en un gran desconcierto, angustia y desorientación. Ello desemboca en la fuerte necesidad de aferramiento a pilares sólidos, simples y securizantes, aunque sean reductores o sesgados, pero que otorgan una cierta estabilidad a la brújula existencial o cultural y un punto de anclaje que disipa la angustia. El fanático se sitúa en las antípodas de la ciencia, ya que elige seguir una creencia global e incuestionable allí donde el científico expone a la refutación convicciones que debe contrastar empírica o dialécticamente (J. Bergeret, 2001),

Ciertamente, todos los ámbitos son susceptibles de derivaciones fanáticas, si bien suele asociarse más dicho concepto a las creencias o a las ideas políticas. Tengamos presente que cualquier idea o búsqueda intelectual puede ser objeto de una obsesión fanática, cual ha ocurrido siempre con los dogmatismos científicos, teológicos y filosóficos, cual se impone ahora con la modalidad bendecida unánimemente del pensamiento único. A este respecto, A. Maalouf nos recuerda que:

“El siglo XX nos habrá enseñado que ninguna doctrina es por sí misma necesariamente liberadora: todas pueden caer en desviaciones, todas pueden pervertirse, todas tienen las manos manchadas de sangre: el comunismo, el liberalismo, el nacionalismo, todas las grandes religiones, y hasta el laicismo. Nadie tiene el monopolio del fanatismo, y, a la inversa, nadie tiene tampoco el monopolio de lo humano” (A. Maalouf, 1998, p. 58).

También los cánones estéticos impuestos por las modas, que no son sino la consagración mayoritaria de unas preferencias o atribuciones que se asocian temporalmente al buen gusto o a la belleza, al éxito social o al prestigio. Las modas son cristalizaciones transitorias de cierto tipo de asignaciones que pueden establecerse como tiranías o dictaduras altamente impositivas y subyugantes, pues atenazan dentro de sus cauces o baremos estéticos no sólo aspectos periféricos (ropa, colores, útiles

externos, casas o complementos), sino incluso naturales (medidas corporales, volumen, color de piel, etc). De hecho, en este sentido la anorexia puede contemplarse como la expresión de un fanatismo estético que doblega la naturaleza corporal y la somete a exigencias o interpretaciones de la belleza temporalmente consagradas.

Algo similar cabría decir de la frecuencia histórica con que otros aspectos como los rasgos genéticos se han convertido en la piedra de toque de todo tipo de fanatismos. Algo que, pese a los recientes descubrimientos sobre el mapa genómico humano donde se comprueba la escasísima minucia genética que diferencia a unas razas humanas de otras, ha originado oleadas millonarias de víctimas en holocaustos, exterminios raciales, guerras de supremacía, etc, y que está no muy lejos de suceder nuevamente a juzgar por la crecida de gérmenes racistas que está acarreado el trasiego de inmigrantes del mundo pobre al mundo rico, la interculturalidad, el mestizaje, etc. De hecho, esto se ha convertido en un problema de primera magnitud, pues hasta F. Savater subraya que, antes de propiciar el progreso o pensar en un crecimiento en el dominio del conocimiento científico o técnico, es preciso “evitar el regreso a oscurantismos de la sangre, de la raza o de la nación”. Los descubrimientos científicos han tirado por tierra cualquier falacia sobre la superioridad o el privilegio natural de ciertas razas o genes, y como apuntaba C. Nombela apenas descifrado el Genoma Humano:

“Es un disparate invocar una base genética diferencial para reclamar supuestos derechos de colectividades humanas que les separen de otras y mucho menos para proponer que las hagan acreedoras de una consideración de superioridad” (ABC, 12-2-2001).

No faltan tampoco innumerables muestras de fanatismo deportivo o musical, manifestaciones a las que se aplica, aunque en sentido edulcorado e incluso positivo el término “fans”, sinónimo de seguidor eufórico, exaltado e incondicional, que experimenta respecto al objeto de su culto una actitud idealizante y hasta fervorosa, identificativa y confusional que le ciega para contemplar o admirar otros objetos alternativos y le predispone a una actitud, a veces hostil, hacia todo opositor o rival a su ídolo. Podemos encontrar fundamentalismos de club que increpan y enardecen a sus socios y simpatizantes a actitudes belicosas que sacan a flote sus pasiones más primitivas. Algunos de sus más prosaicos miembros se definen, en una auténtica formación reactiva, no tanto como pro-algo, cuanto como anti-madridista, anti-sevillista, etc. Lo cual nos habla de que es la hostilidad de signo paranoide contra el otro, aguijoneada a menudo desde los órganos directivos, lo que actúa como eje de su comportamiento.

¿Cómo se fabrica un fanático?

Por ello, pese al tono eufemístico y hasta divertido que suele otorgarse al término “fans”, no hemos de perder de vista que esta adoración idolátrica contiene todos los ingredientes del fanatismo y es tan potencialmente peligrosa como cualquier otra variedad de fanatismo, aunque usualmente ni su meta ni sus medios sean beligerantes. Eventualmente nos topamos con episodios aislados de consecuencias mortales aparejados a las hinchadas deportivas o a los espectáculos musicales. A menudo avistamos episodios de violencia organizada en espectáculos de masas donde el encuentro dialogante o la conciliación entre partidarios diversos se hace difícil y se elige el obtuso camino del terror. El hacinamiento en los campos, los tumultos en los aeropuertos, las concentraciones eufóricas en los lugares símbolo del club son exponentes notorios de fanatismo, con el agravante de estar secundados por los medios de comunicación y gozar de una propaganda gratuita que aumenta la excitación de la horda.

Hasta las ideas más nobles y altruistas pueden degenerar en brotes de fanatismo: la pureza, la virtud pueden conducir al martirio, al sacrificio extremo, a la inmolación; el gusto por los alimentos no manipulados y los cultivos originarios, puede desembocar en diversas formas de ortorexia, vegetarianismo y dietas macrobióticas ciertamente demenciales y peligrosas; el culto al cuerpo provoca fanatismos extenuantes de gimnasio y consumo de drogas estimulantes o anabolizantes hasta deformar monstruosamente el cuerpo. Para no caer en un análisis excesivamente prolijo, mencionaremos que también los pacifismos, ecologismos, feminismos, y en general todos los *-ismos*, son susceptibles de fanatización que, paradójicamente, encubre una violencia y un daño indirecto mayores del que pretenden evitar. Porque:

“El núcleo del fanatismo puede entenderse como la actitud de entrega absoluta a unos ideales, con una intolerancia sistemática para los juicios y los comportamientos discrepantes” (F. Alonso, 1995, p. 191).

Partiendo, por tanto, de que todos nosotros albergamos componentes fanáticos más o menos desarrollados y que estamos a la espera de un caldo de cultivo propicio o de un objeto idealizado del que colgar esa idealización, no está de más adentrarnos en el análisis pormenorizado de algunos de sus rasgos y mecanismos esenciales. Voltaire, un ilustrado que en la vanguardia del racionalismo crítico moderno y un tanto *avant la lettre* del pensamiento contemporáneo en defensa de la tolerancia, exhortó en su *Tratado contra la intolerancia* de 1767 de la forma que sigue:

“Temamos siempre el exceso a donde conduce el fanatismo. Déjese a ese monstruo en libertad, no se corten sus garras ni se arranquen sus dientes, cállese la razón, tan a menudo

perseguida, y se verán los mismos horrores que en los pasados siglos: el germen subsiste; si no lo ahogáis cubrirá la tierra” (Voltaire, 1767, p. 78)

2. CALDO DE CULTIVO

Entre los numerosos factores que ayudan a germinar y a brotar la semilla del fanatismo encontramos los que enunciaremos a continuación:

a) **Pobreza y miseria, exclusión o desposesión absolutas**: esta circunstancia aliena o bien una actitud de pasiva conformidad, resignación o asunción de lo irremediable e irreversible —características de la indefensión y de la percepción de incontabilidad, como señalara Seligman (1981)—, o bien una actitud de desesperada reivindicación de justicia e igualdad. El sentimiento de fracaso vital, de amargura y desgracia irremediable, es un polvorín que agujonea el propio *thanatos* (pulsión de muerte): si nada hay que perder, y la vida está tan devaluada y degradada, es fácil arriesgar lo único que se tiene, el cuerpo, para denunciar la injusticia, llamar la atención del mundo o modificar el escenario en favor de una quimérica posibilidad de mejora. Perdida la esperanza, la libertad se evapora, fácil es entonces esclavizarse a cualquier promesa que contenga, aunque sea vagamente, una posibilidad de restaurar la ilusión; a ese empeño se encadena; ¿qué hay de raro, pues, en la temeridad fanática, si aunque comportara la muerte, no entraña una verdadera disyuntiva a la vida sin objetivos ni dignidad suficientes? Asegura Trapiello que “Lo primero que desaparece con la esperanza es la libertad, y un desesperado es sobre todo alguien ciego y fatídico” (2002, p. 72).

b) **Depauperación intelectual**: si no se posee una amplitud y pluralidad de informaciones, elementos dialécticos para el debate intelectual interno, y no se ha cultivado el pensamiento crítico, la consecuencia probable será el empobrecimiento mental, la unilateralidad, el seguidismo gregario del pensamiento colectivo. El analfabetismo es una fuente de fanatismo, porque al carecer de medios propios para acceder a formas alternativas de pensamiento, a través de periódicos, libros, etc, se es propenso a aceptar el pensamiento inducido por los líderes de opinión, los gobernantes o los referentes grupales que actúan como cabecillas de las turbas anónimas e iletradas.

Los analfabetos son carne de cañón, fácilmente manipulable. No serán fanáticos primarios, sino inducidos mediante la deformación tendenciosa y parcial que se les inculca en sus escasos y precarios centros de referencia (educativos y de culto, fundamentalmente). Cuando no existe un sistema público de instrucción o ésta carece de

¿Cómo se fabrica un fanático?

la libertad y la diversidad necesarias, el resultado es el pensamiento uniforme que conocemos como pensamiento doctrinario y la rigidez homogénea de los conocimientos. Todo ello desvirtúa la inteligencia, la priva de la lucidez y el fegonazo crítico, robotiza al sujeto, convirtiéndolo en un artefacto programable para recibir y ejecutar consignas elaboradas por otros. Sólo hay un paso desde el temor a lo desconocido e ignorado y el miedo a lo diferente y medio paso desde estas posturas a la demonización del extraño y la predisposición a considerarlo un enemigo a combatir. A fin de cuentas, como inteligentemente señalara Freud (1921), muchos fanatismos de masas se asientan sobre un *narcisismo de las pequeñas diferencias*.

c) **Conflictos identitarios:** Los humanistas consideran que una necesidad básica de carácter secundario (es decir, no fisiológica), pero extremadamente importante, es la necesidad de pertenencia: sentirse parte de algo es casi tan importante como sentirse alguien. Pertenecer a una familia, a un colectivo, suelo o nación, es algo que enraiza al sujeto y le dota de perspectiva. Nacer en un lugar puede ser algo fortuito, pero pertenecer a un lugar es una conquista que tiene que ver con el afecto, el apego, la memoria, los vínculos interpersonales establecidos, etc. La relación de pertenencia se adosa al yo como una seña de identidad de alta significación para los sujetos. Observemos que cuando la gente se presenta suele decir: “Me llamo Juan, soy andaluz y veterinario”. La pertenencia es una de las posesiones más cercanas al núcleo de la identidad. Tanto la acentuación como la disminución patológicas del sentimiento de pertenencia desembocan de forma directa o indirecta en actitudes fanatizadas. Frecuentemente produce un intento desesperado de defender la identidad amenazada cuando se aprecia riesgo de ataque o se tiene miedo de que tal identidad sea arrebatada, invadida o suplantada por otra. La sangrienta paradoja del fin de siglo es que, mientras todos hablan de globalización y mundialización, el mundo se desgrana en multitud de guerras y focos conflictivos, aguijoneados por enconados nacionalismos que tratan de defender sus identidades locales y regionales (T. Sánchez, 2001).

Muchos pueblos se fanatizan cuando sus fronteras se ven asaltadas por otras identidades culturales u otras referencias localistas y existe riesgo de cambio de adscripción administrativa, de nombre o de identidad nacional, regional o local. Esto pasa a gran escala, y podemos comprobarlo con la repugnancia minoritaria pero fanática de ciertos pueblos o grupos al colonialismo cultural y económico norteamericano, como en otro nivel podemos observar las luchas encarnizadas en defensa de su convicción de ser vascos y sólo vascos de ciertos colectivos radicalizados. Rozando la caricatura, estos mismos conflictos identitarios de pertenencia se aprecian entre barrios den-

tro de la misma ciudad, o entre comarcas limítrofes de una misma provincia, e incluso entre territorios demarcados por distintas pandillas dentro de un mismo suburbio. Llégase a considerar un ultraje y una ofensa el ser identificado erróneamente como español en vez de como catalán, como madrileño en vez de como vallecano, o como rocker en vez de como punk. Muy a propósito Borges parodiaba esto en su obra “Los conjurados”:

“El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras” (J.L. Borges, 1985).

El conflicto se acentúa ahora más que nunca cuando hemos de conciliar en cada uno de nosotros una doble exigencia: la de universalizarnos, integrarnos en un colectivo humano cada vez más exento de fronteras, aduanas, aranceles y discriminaciones diferenciadoras en función del país de origen, del color, de la cultura o del culto religioso, y la de radicarnos y enraizarnos. J.A. Marina (2000a) señala con agudo sentido del humor que todos pasamos de la aldea global a la aldea a secas. Somos cosmopolitas, por un lado, y de Villagordo del Cabriel, por otro. En forma más culta podemos representar esta disonancia como la tensión entre las fuerzas aglutinantes o de fusión (todos somos miembros de la humanidad sin más rasgos secesionistas), y las fuerzas centrífugas o de fisión (donde buscamos el reconocimiento a nuestra singularidad subrayando las señas identitarias que más cercanamente nos recuerden nuestra procedencia, nuestras raíces y nuestra memoria individual visceral e inmediata). Este asunto de las pertenencias deviene un factor fundamental donde se cuecen infinidad de actitudes fanáticas, la mayoría sin reverberación, pero algunas de sangrientas consecuencias. Acaso el conflicto paradójico aquí aludido sea la manifestación de la lucha entre el instinto territorial que nos arraiga a la nacencia propia y el instinto epistemofílico que nos impulsa a la curiosidad, a la expansión y a la afiliación fuera del propio territorio. Tal vez los etólogos debieran interesarse por esta hipótesis.

d) **Rabia social:** El sentimiento de derrota, desposesión, vejación o agravio experimentados por un grupo, etnia o pueblo, tanto más cuanto más prolongado en el tiempo sea, moviliza en los sujetos una rebelión tendente a suturar la herida narcisista que como colectivo sufren. Para ello no es necesario que la ofensa sea objetiva y cierta; basta con que así se la interprete, entrando a menudo en juego las mitologías y fabulaciones que componen una visión mistificada del mundo, en la que unos se sienten

¿Cómo se fabrica un fanático?

ultrajados y convencidos de su derecho a resarcirse, en tanto que los otros son tomados como los fuertes, prepotentes y avasalladores ofensores. En casi todos los radicalismos se constata la existencia de una mitología victimista, dominada por el resentimiento y la envidia no reconocida hacia el *otro*, disfrazada de rechazo o miedo a lo diferente. Podríamos hablar incluso de un discurso manifiesto que es el de la queja, la reivindicación y la querulante reclamación de justicia, y de un discurso latente que es el del resentimiento envidioso y la ira frente a todo aquello que representa lo que no pudiendo tenerse se prefiere tomar como una usurpación injusta del derecho.

La rabia social se asienta comúnmente sobre uno o varios hechos históricos (vale decir, narrativamente sesgados en la dirección que interesa al grupo) que la comunidad ha vivido como traumáticos. Ello puede deberse al carácter sangriento, a la humillación política, a la desposesión o a la ridiculización pública, a la prohibición de la lengua o de las expresiones culturales idiosincrásicas, entre otras causas, ligados a dichos acontecimientos. El sentimiento colectivo de victimización y persecución son permanentemente recordados para estimular el odio y el anhelo revanchista entre los miembros de la comunidad, por parte de portavoces o agitadores sociales. La ira unida a la indignación y a la burla narcisista experimentada por el colectivo pueden estar dormidas, en letargo aparente, esperando una oportunidad idónea o un detonante que opere como provocación externa inmediata para aflorar. Los fanáticos agitadores están, por ello, imbuidos de una historificación adulterada, poco rigurosa, a menudo fraudulentamente manipulada: bien sea ocultando datos o circunstancias contrarias a los intereses, bien exagerando la naturaleza o gravedad de ciertos hechos concordantes con la particular exégesis que resulte conveniente. Dicha tergiversación crea unas actitudes prejuiciadas, cautelosas y desconfiadas prontas a encontrar corroboración en nuevos acontecimientos que se viven como repetición de los viejos agravios. Muy sagaz, el siguiente comentario nos da la clave:

“Estamos ante el pistoletazo de salida de una carrera en la que casi todos disputan por hacerse acreedores a la ventajosa condición de agraviado, actual o pasado. Los agravios no prescriben, aunque transcurran siglos y generaciones. En realidad, lo importante, por supuesto, no es ser agraviado sino parecerlo y, con ello, estimular el sentimiento de culpa de los demás. Quien gana la batalla del agravio, obtiene la recompensa del privilegio” (I. Sánchez Cámara, ABC, 1-9-2001).

El trasfondo psíquico de la rabia social es el miedo a la reproducción de las circunstancias traumáticas legendariamente exaltadas por los líderes grupales, o la anticipación de una eventual derrota traumática que se produciría si se permitiera avanzar al enemigo o se abrieran las puertas a las ideas foráneas que desequilibraran el

statu quo. El elemento propagandístico que se enarbola es de tipo pasional, primario, irracional y estimula persecutoriamente el afán autoprotector: el “¡ojo!, que nos atacan!” legítima ora el contraataque o, lo más frecuente, el ataque anticipatorio que, por lo general, acaba desencadenando a posteriori el ataque que se temía. La reciente e inmoral propuesta ‘justificativa’ de Bush de una *guerra preventiva contra Irak*, sería un ejemplo de fanatismo gubernamental.

Vemos que la acción en la que se vierte el impulso fanático está antecedida, en primera instancia, por una campaña proselitista hacia los candidatos más proclives y predispuestos; en segundo grado, por una campaña educativa y doctrinaria que inunda la comunidad tendente a seducir y sugestionar a los más tibios, ambiguos y fronterizos; en tercer grado, por el desdén despreciativo y paranoide hacia los fríos, críticos o claros oponentes a la mitología grupal mayoritaria. Respecto a éstos se juega a la proscripción, la exclusión o el ninguneo. Silenciar a los descreídos o heréticos de la doctrina oficial es parte del pundonor colectivo. La libertad de expresión es incompatible con el fanatismo. Donde rigen sus leyes sólo cabe el *acatamiento* sumiso, el *silencio* —connivente, por aquello de que “quien calla otorga”, o intimidatorio, no sea que “por la boca muera el pez”—, o la *huida*, so pena de ser tratado como traidor a la comunidad o insensible a sus ‘justas reclamaciones’, o comprado espía al servicio del enemigo. Vemos que muchas más situaciones, coyunturas y escenarios sociales, culturales y políticos de los que pensábamos se pueden ver reflejados en esta ‘*triyuntiva*’.

Nuevamente Maalouf pronostica:

“...toda comunidad humana, a poco que su existencia se sienta humillada o amenazada, tiende a producir personas que matarán, que cometerán las peores atrocidades convencidas de que están en su derecho, de que así se ganan el Cielo y la admiración de los suyos. Hay un Mr. Hyde en cada uno de nosotros; lo importante es impedir que se den las condiciones que ese monstruo necesita para salir a la superficie” (A. Maalouf, 1998, p. 36).

3. DINAMISMOS PSÍQUICOS DEL FANÁTICO

Cualquier fanatismo sólo puede germinar en individuos prefanáticos, esto es, en ciertos sujetos cuya estructura psíquica esté predispuesta cognitiva, emocional y comportamentalmente. La *sugestionabilidad*, la *docilidad ante el líder* y la *impulsividad antisocial* son ingredientes que no pueden faltar en un fanático. Detengámonos ahora en los mecanismos psicológicos que encontramos infiltrados en el comportamiento y que son, como poco, factores coadyuvantes de su conducta y actitudes.

¿Cómo se fabrica un fanático?

a) **Proyección:** W. Bion aseguraba, y su exegeta D. Sor (1993) también, que el fanatismo se aloja en la *zona beta* del cerebro. Llama así a la estructura funcional donde se contienen todos los ‘elementos basura’ del psiquismo, es decir: los afectos, fantasías, deseos, impulsos, etc, que no admitimos, que nos destruyen y que, por ello, quedan escindidos, disociados de la personalidad. Al igual que ocurre con todo lo que no podemos asimilar, pasa a ser disociado, escindido, no reconocido como propio y atribuido a un elemento o persona externa. Es lo que se conoce en psicología cognitiva como *atribución externa* y en psicoanálisis como *proyección*. Sin embargo, aún ‘atribuyendo a los otros lo que no admitimos en nosotros’, esos componentes defenestrados, esas ‘partes malas’ o locas forman parte de nuestra personalidad, si bien pueden funcionar disociadas de su núcleo identificativo principal, vivirlas como una excentricidad, un raptó emocional, un arrebató o manía, o incluso como una ‘doble personalidad’ cuando los elementos disociados cobran una intensidad inusitada e incontrolada que lleva al sujeto a perder el dominio de sí mismo y actuar de forma enajenada.

b) **Disociación:** Lo antes expuesto arrastra este mecanismo o lo lleva implícito; gracias a él se atiende selectivamente a lo que es congruente con nuestra expectativa previa, despreciando los estímulos, informaciones o creencias que la contradicen, actuando como si ni siquiera existieran. El punto de vista del otro queda apartado, aislado de los circuitos cognitivos y emocionales. La capacidad de ponerse en el lugar del otro está completamente mermada. Vemos que la disociación está en la raíz de la intolerancia. Eso permite a un fanático no experimentar sentimientos de humana compasión, piedad o empatía respecto al que es distinto, relegándole a la condición de extraño subhumano. Hablando del racista y del xenófobo como expresiones de fanatismo biológico o cultural, Junquera aduce:

“Sabemos que reacciones de prejuicio, desconfianza, desprecio, beligerancia u odio colocan tanto al racista como al xenófobo frente a una definición del otro que es prójimo pero que no deja de ser considerado como extraño pues se le degrada y se le niega” (C. Junquera, 1985, p. 49).

c) **Escisión:** En virtud de la escisión (división intrapsíquica), todo lo absolutamente bueno, noble, justo, legítimo y necesario está de nuestra parte, en tanto que todo lo malo, injusto, cruel o maligno, está de parte del otro, quien pasa así a erigirse en enemigo, adversario o amenaza a la que hay que abatir o de la que debemos alejarnos. En esto consiste el maniqueísmo: la artificial y obtusa división del mundo en buenos y malos, válidos e inválidos, santos o demonios. Aquí radican las polariza-

ciones y el frentismo, puesto que además se teme lo diferente en la medida que puede suponer la amenaza de contagio de su maldad o el arrebató de mi bondad. La escisión se complementa y culmina en la expulsión violenta de aquello o aquellos que encarna(n) proyectivamente esas partes malas no admitidas de uno mismo. A continuación vienen el extrañamiento intolerante y el encierro defensivo y hermético en el propio grupo o comunidad donde se retroalimenta la sospecha ante lo exterior, lo diferente o lo novedoso, y se preserva lo propio, acentuando obsesivamente las señas de identidad distintivas y exclusivas del grupo de pertenencia.

d) **Racionalización:** Visto lo anterior y puesto que el mecanismo esquizoparanoide es primitivo e irracional, fuertemente visceral, para acreditar su legitimidad y derecho, necesita apoyarse en una trama de argumentos racionales que avalen intelectualmente al sujeto, que le doten de elementos de convicción y propaganda, ante todo que le convenzan a sí mismo de que su acción o ideología están sólidamente fundados y sostenidos sobre un sinfín de motivos históricos. En esto estriba el mecanismo de **racionalización**. Todos los fanatismos apelan siempre a lo que J.A. Marina (2000b) llama una “razón trascendental”. Merced a este mecanismo se procura embellecer y ennoblecer las actitudes de segregación e intolerancia, presentándolas como única salida o último recurso, habida cuenta de la acumulación de perjuicios arrastrados a lo largo del tiempo, o la obviedad de las aspiraciones y las luchas legitimadoras. Aclaremos esto: la esencia de cualquier fanatismo es profundamente irracional, pero su revestimiento externo puede estar contundentemente trabado en una armazón filosófica, histórica o ética que puede resultar incluso altamente convincente. El fanatismo se sustenta sobre convicciones, cuya etimología *cum-vincere* señala el afán de vencer sobre el otro, sobre la alternativa que señala el *cum-vivere* de vivir con el otro. Para sentirse en el derecho y hasta en el deber de derrotar al otro es necesario fabricar un armazón racional. J. Bergeret (2001) recuerda que cualquier convicción es susceptible de fanatizarse en la medida en que se absolutice o dogmatice. En este caso la convicción deja de ser una idea que me gusta y pasa a ser una creencia que actúa como divisoria entre los que la comparten y los que la niegan:

“...toda convicción ideológica, política, filosófica o religiosa puede verse infiltrada, de forma más o menos insidiosa, por creencias consideradas excesivamente rápido como postulados ineludibles” (J. Bergeret, 2001, p. 32).

La racionalización se aprecia, por ejemplo, en el uso de eufemismos que modifican el significado de sus acciones, a la par que modifican el encuadre. Así, la destructividad es presentada como *estrategia* de lucha, los atentados como *guerra* no

¿Cómo se fabrica un fanático?

declarada contra un enemigo más poderoso, las muertes como *daños* colaterales, etc. El uso de eufemismos, amén de edulcorar actividades o manifestaciones que, por su crudeza, podrían volverse contra ellos mismos y provocar fisuras y discrepancias internas entre sus adeptos, pretende ennoblecer y dotar de un amparo trascendental lo que de no ser así pasaría por pura locura o psicopatía. Dedúzcase de aquí que la onda expansiva y el efecto propagandístico de una acción racionalizada es mayor que si se ofrece como mera expresión caótica de la furia.

Subrayaré este punto como denominador común a todos los fanáticos: se sienten investidos por el derecho y acuciados por el deber de salvar a los demás o de juzgarles y condenarles, de imponerles o hacerles obedecer sus propias creencias, sea mediante coacciones físicas, emocionales, educativas o policiales, estas dos últimas modalidades cuando los movimientos fanáticos detentan el poder en regímenes calificados de totalitarios. E. Wiesel, premio Nobel de la Paz y superviviente de los campos de exterminio nazi, alertaba:

“El terror (fanático) no aspira a convencer, sino a dominar, a subyugar, a aplastar. El fanático se erige a sí mismo en legislador, intérprete de la ley, fiscal, juez y verdugo” (E. Wiesel, 2001).

e) **Regresión:** En la fabricación de un fanático influye igualmente el mecanismo de **regresión**, en función del cual el sujeto o grupo se retrotrae a etapas o posiciones de mayor pasividad, heteronomía e infantilismo. El fanático suele manifestar actitudes de sumisión, obediencia ciega y pensamiento acrítico ante sus superiores o líderes carismáticos, jefes de grupo, etc, cual si de un niño conducido por su padre se tratara. Ello exige que deposite sobre figuras externas (mecanismo de desplazamiento) sus propios componentes intelectuales y críticos, renuncie a su libertad de pensamiento, abrazando las ideas o conclusiones de las figuras de autoridad. Ferenczi (1912) lo expuso con claridad al hablar de la sugestión como mecanismo que subyace a la hipnosis.

El fanático adopta una posición de obediente procesador de consignas, dictadas por los líderes o figuras carismáticas, abdicando del pensamiento y deviniendo un autómatas que reproduce ideas estereotipadas o cumple tareas encomendadas de forma ciega y compulsiva. De ello habló extensamente W. Reich en *La psicología de las masas del fascismo*, o E. Fromm en *El miedo a la libertad*, así como N. Bilbeny en *El idiota moral* (1995).

La sugestibilidad correlaciona con la intolerancia a la incertidumbre. Vivir en la duda, la carencia de seguridades absolutas, en las verdades sólo probables y no apo-

dícticas, es una fuente de angustia que ciertas personas no pueden sufrir sin desequilibrio. La forma de huir de esta angustia a lo incierto o desconocido es abrazar reductiva y simplistamente la doctrina que se les ofrece, magnificada como manantial de vida, verdad y sosiego. El remedio a la incertidumbre es la fe incontestable, el seguimiento y la entrega ciega a aquellos investidos de la doctrina o del don de la sabiduría. Ellos resolverán las dudas, aquietarán los ánimos soliviantados y disiparán la ansiedad exponiendo como asideros intelectuales monolíticos, discursos simples, dado que los “discursos creativos rompen la ortodoxia” (M. Navarro, 1997, p. 177).

f) **Fantasía:** El fanático ha establecido una relación astigmática con la realidad, con el entorno social, con la historia. Esto es: contempla sólo a través de cierto ángulo de visión los hechos, mantiene en la ignorancia o desprecia como falsedad o irrealidad todo lo que no concuerda con el prejuicio previo. Sólo ve lo que quiere ver, lo que espera ver en función de la congruencia esperada con su filtro doctrinario. La consecuencia inmediata es que acaba instalándose en una realidad sensitivamente deformada, una fantasía interna distorsionada y con escasos puntos de contacto con la realidad objetiva y social. *Su* realidad reemplaza *la* realidad y es tomada como la *única* realidad. Se ha operado una metonimia psíquica en la que una parte de la verdad es extrapolada y absolutizada, convertida en toda la verdad, lo que conduce inexorablemente a una convicción delirante o deliroide que funciona como una burbuja-refugio y que aísla al sujeto del entorno. Dentro de la burbuja permanece inmune a la controversia y sus certidumbres se mantienen ajenas a la refutación, revisión o análisis. Frecuentemente llega a considerarse contaminante todo elemento externo, por lo que evitarán el contacto para eludir el contagio con los ‘herejes’, los ‘no iniciados’ o los ciegos a la verdad. (R. Bassols, 1999).

La nueva verdad totalizada puede ser investida de un halo de espiritualidad apócrifa, de misterio, de iluminación. El sujeto recibe la nueva verdad a modo de una conversión religiosa, una experiencia cumbre, que le transforma y redime por dentro, y en referencia a la cual la vida cobra un nuevo sentido. La conversión puede experimentarse de forma súbita o gradual, por adoctrinamiento, pero una vez culminada, adquiere tal intensidad y plenitud que el individuo marca un jalón entre el antes y el después de ese momento, entre el hombre nuevo y el hombre viejo. El conflicto de identidad que sobreviene puede ser dramático en la mayoría de casos, ya que se considera imposible adoptar la nueva verdad o el nuevo ámbito de creencias en continuidad con el yo anterior. Se impone la ruptura. La forma de amortiguar el impacto dramático de la *escansión* (corte en el sentido biográfico lineal del yo) es negando el

¿Cómo se fabrica un fanático?

valor de todo lo previo a la revelación, abominando de todo lo vinculado a la memoria personal. Todo lo aquí expuesto produce en muchos casos concretos el escalofrío de la psicosis. Se entabla una lucha entre el ‘hombre viejo’ y el ‘hombre nuevo’, en la que suele triunfar este último.

g) *Idealización*. Este mecanismo es el aire que impulsa las velas del fanatismo. Gracias a él se produce una actitud de embelesamiento, fascinación y adoración, característicos de cualquier proceso de enamoramiento, conversión o entusiasmo. La idealización predispone a engrandecer y mitificar a la persona, objeto, entidad, creencia, etc, que encarna o sea depositaria de las grandezas. De este modo, se atribuye a la persona, objeto, creencia, etc, la omnipotencia, la fuerza salvadora, la magnificencia de los dones, la capacidad de gratificar o recompensar. Por consiguiente, podríamos decir que el objeto idealizado se convierte en fetiche o talismán de la buena suerte, solución de los problemas, con que se garantiza la adhesión incondicional del fanático, pues así se mantiene próximo y al alcance del poder de irradiación del ideal y participa vicariamente de su fuerza y su omnipotencia. (R. Armengol, 1999). Lo malo de todas estas mitificaciones basadas en idealizaciones fuertemente patológicas (Chasseguet-Smirguel hablaba de “enfermedad de la idealidad”) es que el trastorno es presentado como solución y el problema como fuente de gratificación. Precisamente tienen esto en común con las adicciones a sustancias tóxicas, donde la droga es vivida como remedio satisfactorio a los conflictos.

Por otra parte, la idealización excluye la elaboración personal de los conceptos, razones o motivos para la adhesión. Su fundamento es emocional o mágico-religioso, se nutre de la necesidad de creer y encuentra su eco en el carisma o el magnetismo del líder o la persuasión del mensaje. Porque éste es otro punto a considerar: ciertos procesos de fanatización tienen que ver con el halo del mensajero, investido de un tono mesiánico y salvífico de iluminado o elegido, y otros procesos derivan más bien del mensaje. El mensaje debe tener un gran poder evocador, para lo cual debe suscitar la mayor reacción emocional posible con el menor número de recursos. He aquí que, para ello, acude a la **simbolización** o al uso de signos, emblemas, banderas, señales identificativas que aglutinen por sí mismos a los adeptos. Frecuentemente también el mensaje utiliza la **condensación** de contenidos, dando lugar a la composición de discursos crípticos, místéricos, opacos al desciframiento. A menudo son acatados y reproducidos como sincretismos sin ser comprendidos por sus propios correligionarios. Se invierten, incluso, esfuerzos y tiempo en impartir lecciones de exégesis para la correcta interpretación de los textos o mensajes herméticos.

Nuevamente el saber o no saber se convierte en un elemento divisorio más que aumenta la sima separadora entre los iniciados y los no iniciados. Por añadidura el “tú no entiendes” o el “tú no has sido llamado a la verdad” deviene latiguillo para la exclusión de todos aquellos que tratan de entablar algún debate o confrontación dialéctica con el grupo o persona fanatizada.

La nula elaboración personal del mensaje se vale también del factor reverberante del grupo de adeptos, ya que cualquier fisura, duda o cuestionamiento particulares tropiezan con la solidez compacta de la uniformidad de pensamiento y de tranquilo convencimiento que se ve respirar en los adeptos ya plenamente fusionados con la doctrina. (P. Guillem Nacher, 1996). El ambiguo o tibio, el que trata de vivir la nueva verdad de forma personal acaba culpando de su propio desasosiego a la tibieza de sus convicciones, emprendiendo un riguroso camino de disciplina, oración y lealtad con las que pretende probar la fuerza de su fe. Por eso, el ardor de los neófitos suele ser una formación reactiva contra las propias dudas, vacilaciones y escepticismos. Un exceso de lealtad es el disfraz de un traidor en potencia. Es considerado como un signo externo de adhesión incondicional la participación anónima y humilde en las consignas grupales, la mansedumbre ante el líder y la comunión acrítica con la doctrina monolítica. Este talante será reforzado con la camaradería, el apoyo y la valoración de los compañeros y con las muestras de predilección de los líderes, imbuyendo al neófito de la ilusionante creencia de ser un hijo predilecto, en vez de un hijo pródigo.

h) **Identificación:** La tendencia gregaria con el grupo de comulgantes o simpatizantes con los que se comparte credo es otro rasgo significativo que nos advierte de la entrada en acción del mecanismo de identificación, más aún de la identificación confusional con el grupo. Para ello es preciso desgranar tanto identificaciones proyectivas, poniéndose al servicio de quienes sean los máximos exponentes de la idea o creencia sobrevalorada, como identificaciones introyectivas, emulando y reproduciendo miméticamente las actitudes o conductas de los líderes o miembros carismáticos del grupo. Veamos: puesto que la idea sobrevalorada anida en el grupo y es encarnada por sus miembros y, en medida mayor, por su líder, cuanta más fusión se logre con el grupo, y más se internalicen o introyecten sus consignas, lemas, normas, creencias, etc, tanto más completo y perfecto habrá sido el indoctrinamiento. Pasar a ser “uno de los nuestros”, ganarse el carnet, el derecho de ser un militante activo, un soldado, es un honor y un privilegio que no está al alcance de cualquier simpatizante. Dicho de otro modo: se establece en el grupo un sistema de categorías jerárquicas que

¿Cómo se fabrica un fanático?

se van escalando a medida que se demuestra mayor fidelidad, identificación y aptitudes para el apostolado y el proselitismo. El culmen consistirá en ser un jefe, maestro o director de las nuevas hornadas de simpatizantes.

Naturalmente, la cohesión intragrupo se abastece de numerosas **identificaciones horizontales** con los adeptos que están en similar posición, y de un común rechazo que se autorrefuerza en espejo respecto a todo lo que queda fuera de las fronteras del grupo de referencia. Esta división entre lo de dentro y lo de fuera favorece el frentismo, por una parte, y la disgregación de los grupos de origen (familia, pandillas, colegios, amigos previos), que pasan a ser demonizados. Encontramos, pues, una fuerte disparidad entre los comportamientos y talentos intragrupo y extragrupo, que viene dada por el fortalecimiento masivo de las identificaciones y por la ruptura drástica de los vínculos identificativos, respectivamente. Es correcto hablar de **contraidentificaciones** para referirse a los casos en que el fanatismo se estructura más por lo que tienen sus miembros de diferente y contrario a otros, que por lo que tienen de genuino.

Dentro del grupo, el fanático muestra sumisión, dependencia, obediencia y aglutinación (“todos para uno y uno para todos”), humildad, reverencia y empatía hacia los otros compañeros, cortesía, solidaridad y compasión para los iguales. Fuera del grupo, por el contrario, el fanático exhibe actitudes y conductas de rebeldía hacia padres, maestros y otros referentes de autoridad pertenecientes a su pasado; incomunicación, mutismo y aislamiento ante ellos, alegando no ser comprendido y no hablar el mismo lenguaje, lo que incrementará su desconexión progresiva con la realidad, dado que toda la comunicación que reciba va a proceder tamizada del grupo de correligionarios. Hacia fuera del grupo, el fanático utilizará una afirmación opositora de su personalidad, hará gala de negativismo, conductas desafiantes, secretismo y desconfianza recelosa, lo que le empujará a estrategias de disimulo, mentira o engaño que camuflen sus actividades y eviten la alarma social o la intervención de los ‘enemigos’ correctores o rehabilitadores: padres, profesores, instituciones. etc.

i) **Transformación en lo contrario:** Éste consiste en modificar en dirección opuesta el signo de la tendencia o valoración que se hace sobre algo: el amor en odio, la agresión en expresión de afecto, la brutalidad sádica en manifestación de pasión sublime, etc. En el fanatismo se observan muchas paradojas de este tipo, algunas de las cuales ya han sido analizadas por nosotros en otro trabajo (T. Sánchez, 2003), por lo que nos limitamos aquí a enunciarlas: 1) el fanático se siente actor, pero no agente de su acción, esto es, instrumento para una misión, soldado pero no individuo imputable, en las acciones orientadas a una meta; 2) se vive a sí mismo como vícti-

ma, aunque actúe como verdugo, lo que le permite eludir la culpa por los daños que pueda ocasionar, interpretándolos como justa revancha o resarcimiento por el agravio previo; 3) se siente más plenamente sí-mismo cuanto más alienado está, cuanto más nuclear sea en su identidad la creencia fanática, desalojando a las partes más genuinas del yo biográfico; 4) la disposición a morir e inmolarse en aras de una utopía es valorada como la apoteosis del sentido de su vida, tiene la percepción de estar “ungido por” la gracia para llevar a cabo una misión; 5) el nihilismo no es la antítesis sino la exageración de su enfermizo vitalismo: al arriesgar la propia vida, ésta se afirma y se exalta, en cierto modo se logra sublimar el sufrimiento o la frustración, encontrando su lugar como eslabón en una cadena trascendente que sobrepasa la mezquina individualidad al consagrarse a una noble utopía que persigue la perfección. Todo ello explica, al menos en parte, que un acto de locura como el autasuicidio pueda ser evaluado como heroicidad y que un asesino pueda ser homenajeado como un mártir.

En los manifiestos terroristas hallamos innumerables pruebas de la presencia de este mecanismo: en vez de sentirse culpables, se sienten orgullosos por su hazaña liberadora, en vez de calificar de extorsión el fruto monetario de sus secuestros, se tilda de impuesto revolucionario, de financiación romántica para mantener viva la lucha; en vez de reconocer su ceguera, sesgos, distorsiones cognitivas, tachan de mopes sociales, cobardes o aniquiladores a los demás, reservando para sí la lucidez y la justicia.

4. RETRATO ROBOT DE UN FANÁTICO

Comprender las mentalidades fanáticas se ha convertido en un imperativo urgente de nuestra época. Cual si de una disección anatomopatológica se tratara, desentrañar tanto la estructuración social como el funcionamiento psíquico de los sujetos fanáticos es el camino para prevenir y para contrarrestar los gérmenes de violencia fanática que proliferan en la actualidad en todos los ámbitos de la vida. Resumiendo, éste ha sido el objetivo principal de este artículo: mostrar al lector los factores de riesgo social y educativo, por un lado, y desvelar algunos de los dinamismos psicológicos que fraguan gradual o súbitamente la personalidad de un fanático. No podemos terminar sin esbozar, pues, algunas conclusiones que nos ayuden a detectar o a penetrar dentro de la umbría coraza de un radical. Pallares lo retrata con los siguientes epítetos:

¿Cómo se fabrica un fanático?

“El fanático puede ser supersticioso, pero es siempre algo más: suele ser irracional, desmesurado, violento, engreído, dogmático, inflexible, autoritario, exaltado... tiene algo de misticismo y profetismo...” (J.L. Pallares, 1996, p. 35).

La época más proclive para el desarrollo y la proliferación metastásica de la mentalidad fanática es la tardía adolescencia y la primera juventud (A. Viqueira, 1982), pues es cuando el individuo atraviesa de forma natural etapas de despersonalización, crisis de identidad, cuestionamiento de los valores y referencias heredados o aprendidos en la infancia, así como un proceso de desconfiguración de la mentalidad infantil para reconfigurar las líneas maestras que regirán su mundo adulto de forma más personalizada y autónoma. Pero siendo un proceso tan difícil, que entraña tantos dolores de separación del mundo conocido y tantas ansiedades ante el mundo desconocido, el adolescente o joven es enormemente vulnerable a cualquier oferta tentadora que presuntamente le allane el camino, le resuelva o minimice las dificultades o le brinde una cosmovisión confortable, tranquilizadora o grandiosa en la que invertir su vida. Si la oferta proviene de una figura de la que emana autoridad, prestigio o seducción, el proceso de sustitución por desplazamiento de la figura paterna se realiza sin demasiadas resistencias, sirviendo además para oponerse y/o desprenderse de las figuras originarias de poder o control, lo que otorgará subsidiariamente una vivencia de falsa autonomía, pseudomadurez y pseudolibertad que autorrefuerzan mucho al joven durante esta transición. Si, finalmente, se cae en un grupo, éste arropará, gratificará e insuflará en el neófito un sentimiento de pertenencia a una nueva familia, mejor que la suya propia, alimentará su megalomanía al hacerle vivirse como alguien importante, un elegido llamado a grandes empresas.

El fanático de cualquier signo pierde su condición de sujeto, pasa a ser acólito, soldado o prosélito de un dogma absolutizado, mercenario de una creencia sin fisuras, que permanece estática, inmune al cambio o a las influencias externas, al dolor ocasionado a los demás, al pesar de los familiares y amigos, a la petición de clemencia de sus víctimas. Es una persona consagrada que ha apostatado de su biografía personal, renunciado a propiedades, incluso a un nombre, rebautizándose a menudo con un ‘alias’, en tanto que ha acentuado el valor de las pertenencias conceptuales o simbólicas que ha adoptado en su adscripción de militante de la nueva Causa. El fanático se incorpora a un ejército invisible dentro de cuyas filas cumple dócilmente la misión encomendada para la que se siente destinado o elegido, misión diseñada por jerarquías superiores o líderes magnificados a los que se asigna el don de la infalibilidad y la omnisciencia. Abrazado a la retórica de la violencia, está predispuesto a una conducta sacrificial dramática y grandilocuente, candidato voluntarista a una tragedia

que exalte y sublime su anonimato o su insignificancia personal. La muerte, el riesgo, no tienen el mismo significado que para otra persona cualquiera, sino que es un banderín de heroísmo en el campo de batalla, y por ello casi anhelado y sacralizado como exponente de la gloria personal y de la contribución a la Causa común.

Desde el alias (nombre de guerra), como expresión del renacimiento a una nueva identidad, el fanático se desembaraça de la responsabilidad, la culpa o la compasión, ya que no es el yo particular sino el militante el artífice de la acción, y ésta se entronca en una meta racionalizada como noble y justa. Desde la perspectiva del fanático, que a los demás nos parece cínica, el culpable verdadero es la víctima, por existir, por pensar como piensa o por oponerse a sus propósitos. Un ejemplo de este tipo de argumentación es el siguiente: “si la Guardia Civil no existiera, no podría morir la hija de un guardia civil; es la existencia de este Cuerpo la culpable de dicha muerte, dado que sin su existencia nuestras legítimas aspiraciones encontrarían el camino más abierto a su consecución y no nos sentiríamos oprimidos o amenazados. De ser así, no tendríamos que atacar para defendernos y no habría víctimas inocentes. Por ende, nadie que pertenezca directa o indirectamente al Cuerpo es realmente inocente, por lo que la muerte fortuita de un civil en apariencia ajeno a la lucha no es más que una falacia, así es que se trata de una baja no deseada pero no lamentada”. Pensamientos así encontramos en todos los ejemplos de fanatismo violento que analicemos, sean de signo religioso o político. En cuanto soldados se limitan a ser meros catalizadores de un destino que les envuelve y trasciende y del que sólo son su instrumento material y eficiente. Encontrar una misión, un enemigo a combatir o un motivo por el que valga la pena matar o morir, tiene el mágico efecto de disipar la angustia, eliminar la frustración y darle sentido al sufrimiento indefinido que se experimentaba. Esto es: canaliza teleológicamente la angustia como tensión psíquica orientada hacia una meta objetivable.

Nunca faltarán, por otra parte, razones transcendentales y mitificadas, históricas o legendarias, enormemente sesgadas y tendenciosamente adulteradas, para aderezar o darle un manto ideológico a sus actitudes y comportamientos. Los movimientos fanáticos se engarzan sobre una tarea y siguen un vector que marca la dirección final a seguir, así como sus estaciones intermedias, frecuentemente utópicas y lejos de toda probabilidad real, así como repugnantes a la sensatez y a la cordura. A dicha misión o tarea encauzan tanto su esfuerzo intelectual, formación y posibles lecturas, como su entrenamiento físico, en una diabólica determinación de perseverar voluntaristamente hasta el fin de la lucha, dado que, además y en una infantil catalogación de las cosas, sólo cabe en ella la victoria absoluta o la derrota total.

¿Cómo se fabrica un fanático?

Los ingredientes de la identidad de una persona fanática sufren un reordenamiento complejo, originando una alteración cognitiva, emocional, judicativa, atributiva, moral y comportamental. Generalmente, las señas religiosas o ideológicas basadas en creencias sustituyen a las convicciones científicas acreditadas, al raciocinio y a la información objetiva y contrastada. Los juicios racionales son reemplazados por juicios de valor polarizados (idealización - denigración), los análisis concienzudos son apartados en favor de letanías estereotipadas, lemas y consignas que se repiten a modo de mantras autohipnóticos. La búsqueda cautelosa y paciente de la verdad es sustituida por el hallazgo mágico de La Verdad Suprema. En suma, lo Irracional triunfa sobre la razón, ésta abdica en un pseudopensamiento robotizado y sugestivo, simplificado y empobrecido. Nietzsche proclamaba que “el fanatismo es la única fuerza de que son capaces los débiles” y Voltaire afirmaba:

“Todas las sectas se enardecen con tanto más furor, cuanto menos razonables son los objetos de su arrebató” (Ibid, p. 168).

La debilidad y rigidez del pensamiento le hacen girar cortocircuitado en derredor de una idea fija, sobrevalorada, obsesivamente engramada en el centro de la conciencia, lo que concuerda plenamente con la definición del fanático suscrita por la R.A.E. (1992) y que reza así: “el que defiende con tenacidad desmedida y apasionamiento, creencias u opiniones sobre todo religiosas o políticas. [o el] preocupado o entusiasmado ciegamente por una cosa”.

Plantear eventuales soluciones terapéuticas o educativas, sociales o religiosas, a un problema tan arduo y poliédrico como éste, es algo que excede el espacio de este trabajo y mi propia competencia en este momento. Digamos, no obstante, sintetizando que el mejor antídoto contra el fanatismo es mantener alerta e incólume la libertad de pensamiento, estando siempre en la frontera de las ideas, de los grupos, de las costumbres, de las etnias, de las clases, de las naciones, de los partidos, de las patrias, de las ideologías, de las creencias. Mantener un prudente escepticismo ante cualquier imposición que merme la inteligencia creadora y una apertura curiosa y tolerante respecto a lo desconocido o novedoso, evitar el arraigo conformista, la inercia, el gregarismo pasivo, no dejarse convertir en un instrumento o autómatas de ninguna voluntad superior a la propia y no renunciar jamás a la búsqueda personal ni siquiera ante lo que se ofrezca como hallazgos maravillosos de otros. Éstas son algunas medidas higiénicas y saludables que ahuyentarán o minimizarán el riesgo de caer en las garras de cualquier movimiento fanático. Y, a juicio de A. Vázquez (1996), el fanatismo soterrado es el primer obstáculo a remover en el camino de la tolerancia.

Pero, siendo coherentes con lo que acabamos de expresar, que el lector entienda que lo que acaba de leer son sugerencias, nunca pautas dogmáticas.

Por si acaso.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Fernández, F. (1995). El fanatismo y sus remedios. *Psicopatología*, 15, 4º, pp. 191-197.
- Armengol Millans, R. (1999). El fanatismo, una perversión del narcisismo. *Temas de Psicoanálisis*, IV. pp. 131-166.
- Bassols, R. (1999). Sobre fanatismo y violencia. Ensayo desde una perspectiva psicoanalítica. *Temas de Psicoanálisis*, IV. pp. 167-196.
- Bergeret, J. (2001). Preludio a un estudio psicoanalítico de la creencia. *Libro anual de Psicoanálisis*, 3. pp. 11-33.
- Bilbeny, N. (1993). *El idiota moral. La banalidad del mal en el siglo XX*. Barcelona: Anagrama.
- Borges, J.L. (1985). *Los conjurados*. Madrid: Alianza.
- Ferenczi, S. (1912). La doma de un potro. En S. Ferenczi. *Problemas y métodos del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1966.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*, 3. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Guillem Nácher, P. (1996). *Fundamentos narcisistas y espejos rotos. Reflexiones sobre el narcisismo*. Valencia: Promolibro.
- Junquera, C. (1985). La antropología frente a dos realidades histórico-sociales: el racismo y la xenofobia. *Cuadernos de realidades sociales*, 25-26. pp. 49-68.
- López-Ibor, J.L. (1976). *¿Cómo se fabrica una bruja?* Barcelona: Dopesa.
- Maalouf, A. (1998). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- Marina, J.A. (2000a). *Crónicas de la ultramodernidad*. Barcelona: Anagrama.
- Marina, J.A. y de la Válgoma, M. (2000b). *La lucha por la dignidad*. Barcelona: Anagrama.
- Navarro Puerto, M. (1997). Aproximación psicodinámica a las sectas destructivas. En F. de Oleza Le-Senne (coord). *Las sectas en una sociedad en transformación*. Madrid: Ed. Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales.
- Pallares, J.L. (1996). La tolerancia desde una perspectiva antropológica. *Cuadernos de Realidades Sociales*, 47-48. pp. 21-44.
- R.A.E. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1992. 1ª ed.

¿Cómo se fabrica un fanático?

- Sánchez, T. (2001). *Claves psicológicas de la actualidad informativa y social*. Salamanca: Universidad Pontificia.
- Sánchez, T. (2003). Paradojas existenciales y emocionales de las personalidades fanáticas. *Clínica y Salud*, 14, 1.
- Savater, F. (1994). El pesimismo ilustrado. En G. Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad*. Madrid: Anthropos, 1994.
- Seligman, M. E.P. (1981). *Indefensión*. Madrid: Debate, 1989.
- Sor, D. y otros (1993). *Fanatismo*. Santiago: Ananké.
- Steiner, G. (1974). *Nostalgia del absoluto*. Madrid: Siruela, 2001.
- Trapiello, A. (2002). *Sí y No*. Madrid: Península.
- Umbral, F. (2001). *Un ser de lejanías*. Barcelona: Planeta.
- Vázquez, A. (1996). Educación para la paz, la tolerancia y la convivencia. En F. García López e I. Tellechea, *Tolerancia y Fe católica en España*. Publicaciones de la Universidad Pontificia, Salamanca.
- Viqueira Hinojosa, A. (1982). Proselitismo juvenil de sectas y grupos fanáticos. *Revista de Estudios de Juventud*, 5, 1-3, pp. 167-185.
- Voltaire (1767). *Tratado contra la intolerancia*. Barcelona: Crítica, 1999.
- Wiesel, E. (1958). *La noche*. Barcelona: Muchnik, 2002.